

Arnau Puig: «Subirachs, el escultor y el mundo», *Presencia*, 25 de marzo de 1967, p. 4

Hay tantas teorías sobre el arte como intenciones o intereses tengan los tratadistas que las formulan. Pero una de estas teorías nadie puede negar que es la de que el arte es para hacer pensar al espectador y aun al mismo artista.

No vamos a negar que en los últimos sesenta años el arte ha hecho pensar al espectador mucho más de lo que cabía esperar de un dominio de la actividad humana que por definición se relaciona mucho más a lo sensible que a lo mental.

Pero en esta ocasión no queremos referirnos a que el arte haga pensar al espectador en cuanto a su problemática interna, formal, propia de la expresión artística, que es lo que ha predominado en estos años a que nos hemos referido, sino que aludimos a lo que nos ha hecho pensar la exposición de las últimas obras de Subirachs.

No vamos ahora a entrar en discusión sobre si lo que hace Subirachs es de buena calidad, de buen oficio y denota probidad y competencia en el trabajo. Esto no nos merece ninguna duda y más de veinte largos años están ahí para probarlo, así como un consentimiento y una aceptación pública de la obra ya realizada, que aun aceptando el mayor de los relativismos en cuanto a lo que es fruto del tiempo y del común como se ha conseguido a base de una lucha bastante encarnizada algo hay ya de definitivamente adquirido y consolidado.

Lo que nos importa ahora destacar de esta obra de Subirachs es lo que nos ha hecho pensar, lo que puede hacer pensar a la gente. Y esta obra hace pensar bien. Veámoslo: en el mundo estamos acostumbrados a las nociones, a los conceptos, a las fórmulas abstractas, situadas más allá de lo humano, prácticamente sin otra relación con lo humano que el de su peso abstracto sobre la cabeza concreta del hombre. Toda esta abstracción hemos adquirido el complejo de que viene de un mundo al margen del nuestro, que nos domina con su presencia y con su insistencia rigurosa y abstracta y que nosotros, humanos, nada podemos hacer para debilitar, reducir, o aminorar su implacable presencia rigurosamente normativa y horrorosamente impositiva. Brevemente, la norma, la ley, el imperio, dominando al hombre; o expuesto en pasiva: el hombre resultado de la ley, la norma o la arbitrariedad –que es a lo que equivale el imperio-. Es decir, el hombre como resultado, como consecuencia de una serie de entes que imperativamente pululan e impregnan el mundo.

Pues bien, miremos con atención la exposición de Subirachs y veremos que se trata de exactamente lo contrario. Pero, ¡atención! hay que partir para conseguir este resultado desde el lado figurativo de la escultura y no desde el lado de la moldura, del molde, del negativo. Es a partir del cuerpo humano, es a partir de cualquier parte o fragmento del cuerpo humano, que por un proceso de abstracción se establece el mundo de las normas; por lo tanto las normas son emanaciones de lo humano, manifestación matemática de una proporción humana; todo lo abstracto sale de lo humano, por lo tanto la norma no es un dominio sino una relación humana generalizada.

Podríamos continuar líneas y más líneas escribiendo verdades de este tipo y cuño, pero es que resulta que hace ya unos veinticuatro siglos se decía esto por las plazas públicas de Atenas y otras ciudades de Grecia. El resumen de esta tendencia filosófica que niega todo trascendentalismo y todo emanatismo del poder se expresa con esta sentencia: “El hombre es la medida de todas las cosas” y se atribuye a Protágoras, un sofista que enseñaba a la gente a valerse de sí misma.

Subirachs nos ha hecho pensar en todo esto. Subirachs nos ha ayudado a que veamos otra vez el mundo como desacralizado y en cambio fuertemente humanizado. Si el mundo no se presenta en la realidad más o menos así, es ya una gran cosa que pensemos que es así como debería presentarse ya que es desde el hombre que todo tiene su razón justa y desde lo normativo su sinrazón injusta.